

Lección 10 MUERTE DE SALOMÓN

“El pueblo de Dios se divide en dos reinos” (2 Cro 10¹⁹)

Continuación de la lección 9

Como consecuencia de sus actos Salomón recibe por parte de Yahvé el castigo, a continuación se nos expresan tres batallas que tuvo que librar; aunque en realidad no se menciona cuando ocurrieron concretamente estos hechos, el hagiógrafo al colocarlos al final del primer libro de los Reyes nos quiere mostrar las consecuencias del desagrado de Yahvé a Salomón.

HADAD DE EDOM

Edom había sido conquistado por David (2 Sm 8¹³), pero Yahvé suscitó a Salomón como enemigo a Hadad, idumeo, que había escapado con algunos siervos de su padre a Egipto para huir de la muerte pues Joab, general de David, exterminaba a todo varón idumeo, Hadad era todavía joven cuando huyó. El Faraón lo aceptó, le asignó sustento le dio tierras y además le entregó por mujer a su cuñada. Cuando Hadad se enteró que David y Joab habían muerto le pidió al Faraón que le permitiera regresar a su tierra; probablemente se trataba del mismo Faraón que había dado a Salomón su hija por mujer. De todas maneras Hadad no fue un real peligro para Salomón.

REZÓN DE SIRIA

“Suscitó Dios otro adversario a Salomón; Rezón, que había huido de su señor Hadadésér, rey de Sobá (vasallo de David). Reuniendo consigo unos hombres vino a ser jefe de una banda, cuando David mató a los arameos. Llegó a Damasco, donde se estableció, apoderándose del reino de Damasco. Éste fue enemigo de Israel todos los días de Salomón, pues aborrecía a Israel y reinaba sobre la Siria” (1 R 11²³⁻²⁵). El redactor subraya la importancia de Rezón como adversario de Salomón, y aunque tampoco fue un real peligro para Israel, años más tarde, los arameos de Damasco serán enemigos terribles del reino de Israel.

REVELTA DE JEROBOAM

Jeroboam de la tribu de Efraím era siervo de Salomón, el cual al ver que era un joven muy activo en la obra, le puso sobre todos los trabajos de la casa de José, pero se sublevó contra el rey debido a que cuando Salomón edificaba el Milló salió Jeroboam a Jerusalén, en eso le encontró el profeta Ahías silonita, que estaba envuelto en una capa nueva; Ahías tomó la capa y la rasgó en doce pedazos y dijo a Jeroboam:

“Toma para ti diez pedazos, porque así dice Yahvé, el Dios de Israel: ‘He aquí que voy a arrancar el reino de la mano de Salomón, y te daré a ti diez tribus; una sola tribu quedará para él, (la tribu de Judá, a la cual estaba incorporada la de Benjamín) a causa de mi siervo David, y a causa de Jerusalén, la ciudad que Yo he escogido entre todas las tribus de Israel; por cuanto me han abandonado, y se han prosternado ante Astarté, diosa de los sidonios, ante Camos, dios de Moab y ante Milcom, dios de los hijos de Ammón; y no han seguido mis caminos para hacer lo que es recto a mis ojos, mis leyes y mis preceptos como lo hizo David, su padre. Mas no quitaré de su mano ninguna parte del reino, puesto que le he constituido príncipe todos los días de su vida, por amor de mi siervo David, a

quien escogí, porque observó mis leyes y mis mandamientos, sino que quitaré el reino de mano de su hijo, y te lo daré a ti, a saber, las diez tribus; y a su hijo le daré una tribu, para que mi siervo David tenga una lámpara (un descendiente) todos los días delante de Mí en Jerusalén, la ciudad que he escogido para Mí a fin de poner allí mi Nombre. A ti te tomaré, y tú reinarás sobre todo lo que desee tu alma y serás rey sobre Israel. Si obedecieras todo cuanto Yo te mandare, andando en mis caminos, e hicieras lo que es recto a mis ojos, guardando mis leyes y mis mandamientos, como lo hizo mi siervo David, seré contigo y te edificaré una casa estable, como la edifiqué a David, y te daré Israel. Humillaré a la descendencia de David por esta causa, pero no para siempre". (1 R 11³¹⁻³⁹)

Desde entonces Salomón buscaba la muerte de Jeroboam, pero éste huyó a Egipto, y permaneció allí hasta la muerte de Salomón. No perdamos de vista que si en Salomón hubo culpas que merecían castigo, la fidelidad inicial del rey, pero sobre todo la de David propició de Dios el perdón. Vendrán cuatro siglos en que la descendencia de David conservará la corona, en cambio en el otro reino, se intercambiaron nueve dinastías diferentes en doscientos treinta años. En eso se probará la bendición divina – siempre fiel- pues: "Nunca se apagará su lámpara en Jerusalén".

MUERTE DE SALOMÓN

Salomón "se durmió con sus padres" y fue sepultado en la ciudad de David; reinó en Jerusalén sobre todo Israel cuarenta años, es decir, aproximadamente entre los años 970-930 a.C. llegando a unos sesenta años de edad. Anotamos la conclusión que aporta Sesnoyers, en su "Hist. Du peuple hebreu. no. 155: "(Salomón) no supo escoger de entre las civilizaciones extranjeras que le encantaban, aquellos elementos que estuvieran en armonía con los gustos profundamente arraigados de sus súbditos; dejó de ser un príncipe hebreo, para hacerse semejante a los déspotas magníficos del Oriente. Esto fue probablemente su mayor error, pues perdió de vista el destino de Israel del cual había sido constituido custodio. Este destino no era adquirir riquezas y gloria, dones que llegan alguna vez por añadidura, sino conservar intacto el depósito de la verdadera religión, viviendo según la Ley de Dios y desarrollándose según la tradición de los padres".

En el Deuteronomio (17¹⁴⁻²⁰) Moisés indicó al pueblo israelita las condiciones que debía tener el rey que Yahvé pondría en Israel: "Ha de ser uno de vuestros hermanos y no un extranjero. No tendrá numerosos caballos. Ni oro, ni plata en abundancia. No poseerá muchas mujeres, lo que pervertiría su alma. Su corazón no se alzarán por encima de sus hermanos". Ese estilo de vida sencilla fue muy parecida a la de Saúl, primer rey, pues entre campaña y campaña se ocupaba de la tierra de expansión y defensa en bien del pueblo y tenía como cetro la lanza de los guerreros. También con David la encontramos aunque poco a poco era más lejana. En cambio, esa lejanía con Salomón al final de su vida era abismal. A excepción de David, tanto Saúl como Salomón al término de su vida eran desagradables a los ojos de Dios.

Se afirma que el resto de los hechos realizados por Salomón están contenidos en: "el libro de los hechos de Salomón"; "La historia de Natán"; "Las profecías de Ahí-as" y en la "Visiones del vidente Iddó", textos que se han perdido.

EL PUEBLO DE DIOS SE DIVIDE EN DOS REINOS

PREVIO AL CISMA

La historia de Saúl, David y Salomón esta contenida en cincuenta y ocho capítulos

de los dos libros de Samuel y Reyes, las cual abarca más de un siglo y contada con lujo de detalles; en cambio, desde la sucesión de Salomón en adelante, la información es mucho más escasa, por lo que varios detalles se omiten pues en once capítulos se tratan casi tres cuartos de siglo, por lo que de varias situaciones no se menciona nada.

Salomón murió y tan sólo en pocos años, la estructura construida vino abajo de manera rápida y precipitada, para dejar como consecuencia ya no una Nación, sino dos Estados rivales de importancia secundaria, pues al dividirse dejaban de ser una potencia y con dos bandos no eran superiores a los reinos colindantes, Ambos reinos a través de dos siglos fueron aliados o estaban en guerra, con sólo algunos años de reposo. Los dos reinos debilitados fueron acometidos por los enemigos externos hasta que el norte, Israel, fue destruido por los asirios en el año 722/721 a.C.

ROBOAM CUARTO REY DE ISRAEL

Roboam se trasladó a Siquem, porque todo el pueblo había concurrido allí para proclamarlo rey. Siquem, la otrora ciudad cananea; residieron allí Abraham y Jacob; también fue residencia del Arca de la Alianza al comienzo de la conquista. Después del cisma fue la capital del reino del norte, sin duda, una ciudad de abolengo. Roboam, pensaba que reinaría todavía en un reino organizado y unido, pero los síntomas de la separación estaban maduros; Jeroboam que estaba aún en Egipto fue notificado de ello, entonces Jeroboam y toda la asamblea se presentaron ante el nuevo rey de Israel y le dijeron:

"Tu padre hizo muy pesado nuestro yugo; aligera tú la dura servidumbre de tu padre y el yugo pesado que nos puso encima, y te serviremos". Él les dijo: "Id, y volved a verme dentro de tres días", entonces el pueblo se retiró. (2 Cro 10⁴⁻⁵)

Al parecer, Roboam no tuvo ningún problema para ser aceptado por las tribus del Sur, de hecho, se puede afirmar que el pueblo ya estaba preparado para la sucesión en la dinastía de David; y aunque no se menciona si fue Salomón o un profeta quien le eligió, si es de notar que Roboam era hijo de una ammonita; así aceptado por el Sur aún faltaban las del Norte. Al trasladarse allá esas tribus empezaron a poner condiciones – que como leímos eran justas– y así en el santuario de Siquem Roboam encontró una delegación para exponerle sus quejas, pero con un elemento que presagiaba más problemas, era comandado por Jeroboam, el enemigo de su padre. Con un poco de prudencia y habilidad, Roboam pudo haber salido del problema, (puesto que ellos mismos le brindaban la solución); lo que le pedían no era ni injusto, ni imposible, pero veamos que resolvió, sin olvidar que Dios tenía ya decidido en sus planes lo que sucedería independientemente de lo que los esos hombres hicieran:

"Consultó Roboam a los ancianos, los que habían servido a su padre Salomón y preguntó: '¿Qué me aconsejáis responder a este pueblo?' Le contestaron: 'Si hoy te haces siervo de este pueblo y condescendiendo con ellos les respondes en tono amable, serán para siempre siervos tuyos'. Más él desechó el consejo que los ancianos le dieron, y consultó a los jóvenes que se habían criado con él y le servían. A éstos les dijo: ¿Qué aconsejáis que contestemos a este pueblo que me habla diciendo: Aligera el yugo que nos ha impuesto tu padre?' Le respondieron: 'Así dirás a este pueblo, así le contestarás: "Mi meñique es más grueso que los lomos de mi padre. Ahora, pues, mi padre os impuso un yugo pesado, pero yo haré vuestro yugo más pesado aún; mi padre os castigó con látigos, yo, empero, os castigaré con escorpiones". (1 R 12⁶⁻¹¹)

Compareciendo tres días después Jeroboam y los demás, Roboam hablándoles con dureza les respondió tal como le habían aconsejado sus amigos, de modo que no

escuchó al pueblo –porque así lo había dispuesto Yahvé por boca del profeta Ahías– Scío escribe: “No quiere decir esto que Dios incitó o movió a Roboam para que diese una respuesta tan necia y tan soberbia; sino queriendo por los pecados de Salomón separar de su posteridad el reino de las diez tribus, permitió que Roboam siguiese un consejo tan necio, para castigar los pecados de Salomón”.

Leámos también lo que Fernández Flor escribió: “(Al mencionar Roboam) “escorpiones” significa el nombre de un látigo con puntas de hierro. Sus amigos y compañeros de diversiones, no tenían ningún interés por atender las necesidades del pueblo. Mientras ellos gozaban de comodidades y placeres, nada les importaban los gemidos y la miseria de los pobres y desvalidos. Estos infautados idolátras de si mismos, orgullosos despreciadores de los demás”.

Podemos decir que todo se debió a la inexperiencia y juventud de Roboam ¡pero ya contaba con cuarenta y un años! Así que sus “jóvenes” amigos ya sabían perfectamente que consejos le estaban transmitiendo; pero aquí la culpa es de Roboam por la manera tan imprudente de dejarse convencer por consejos tan dañinos.

La lección de los malos consejeros es evidente, pero no olvidemos que estos jóvenes no fueron los únicos malos consejeros; también Roboam lo fue de sí mismo. No olvidemos tampoco a los malos consejeros que tenemos dentro de nosotros mismos; esto es, porque la rebelión de la mitad del pueblo de Dios y con sus circunstancias puede despertar en nosotros simpatía. Sin embargo, fue desastrosa, sacrilega para el pueblo de Dios.

RESPUESTA DE JEROBOAM

Al escuchar esto le respondieron:

“¿Qué tenemos que ver con David? ¿Cuál es nuestra herencia, con el hijo de Isaí? ¡Cada uno a su tienda, oh Israel! ¡Y tú, David, mira por tu propia casa!” (2 Cro 10¹⁶)

Y todo Israel se retiró a sus tiendas, de manera que Roboam solo reinó sobre Judá. Hay quien afirma que aunque se crió desde su nacimiento en Judá, Roboam siendo hijo de una ammonita, era medio extranjero y con cierta influencia externa que le impedía pensar como un “auténtico” hebreo; en resumen, era imprescindible que el nuevo soberano fuese hábil y decidido, pero ninguna de estas dos cualidades adornaban la personalidad de Roboam.

También era una realidad que el Norte había intentado en esporádicas ocasiones retirarse de esa unión, separación que Salomón había reprimido pero no suprimido; indicios de ello fue debido a la preferencia –más palpable por la leva– de Salomón por Judá y sus otras medidas opresoras; además de el deseo de algunos israelitas de reactivar su liderazgo; pero sobre todo fue la acción de Yahvé por medio de sus profetas, como en este caso Ahías con Jeroboam y Semeías con Roboam, Además de que la unión de las doce tribus era un acuerdo de dos grupos –recordemos que David era rey de Judá y rey de Israel– y que ambos grupos habían conservado sus características; porque a pesar de los elementos que los unían, eran completamente diferentes en aspectos fundamentales: Judá era más pequeño y pobre, pero contaba con una población más homogénea y su situación geográfica le permitía estar relativamente aislada, siendo esto una relativa ventaja con respecto a incursiones enemigas. Israel, en cambio era más extenso y con más productos naturales, en suma, más rico. Con una tradición más tribal pero plagado de numerosos asentamientos cananeos, y sus accidentes geográficos le hacían más vulnerable a influencias externas. También

prevalecían ideas diferentes con respecto del Estado, como consecuencia de todo esto, su historia interna, tanto hasta ese momento como posterior manifestó marcadas diferencias.

A pesar de la situación tan tensa y crítica, no estaba todo perdido, pero Roboam cometió la osadía y la imprudencia de sumar otro error al enviar a Adoram que era prefecto de los tributos —el que después de Salomón era culpable del aumento de los impuestos— para intimidar a los israelitas; el resultado fue desastroso para el todavía rey: los israelitas mataron a pedradas a Adoram a la vista de Roboam (a partir de ahí el motín inicial se convirtió en revolución). Incluso, el mismo Roboam debió apresurarse a subir su carro y regresar a Jerusalén. El cisma, o mejor dicho la escisión quedaba consumada alrededor del año 935-930 Las Sagradas Escrituras nos otorgan la siguiente sentencia:

“Así se separó Israel de la casa de David hasta el día de hoy”. (2 Cro 10¹⁹)

JEROBOAM ES PROCLAMADO REY DE ISRAEL

Judá se mantuvo en la línea Davidica con la familia de aquel varón, a quien en el pasado habían entronizado confiadamente en Hebrón. Israel pensaba y actuaba en Siquem con sus propias ideas e intereses. Tenía una firme convicción: debían tener un nuevo rey, pero ya no del Sur sino uno de ellos, de Israel, un hombre con gran energía, que estuviera decidido a ejercer una política independiente de y contra Judá. En realidad, cuando se realizó la ruptura en Siquem, ya contaban con ese hombre: Jeroboam.

Israel proclamó rey a Jeroboam —pero no encontramos en la Sagrada Escritura que haya sido ungido, aunque tampoco con Roboam—. Jeroboam se enfrentó de inmediato con la tarea de crear un Estado donde no contaba con una capital, ni una burocracia administrativa; ni una real organización militar; ni un lugar de culto oficial. Todo esto tuvo que prepararlo. El que lo haya logrado manifiesta que era un rey de indudable habilidad.

Jeroboam comenzó por situar su capital en Siquem, las razones probablemente eran semejantes a las que tuvo David para elegir Jerusalén. Siquem estaba céntricamente situada; contaba sobre todo con antecedentes culturales y como era asentamiento cananeo, su elección evitaría que las tribus israelitas que no eran elegidas como capital no se sintieran relegadas por una de ellas. Porque la acción de Jeroboam era eminentemente defensiva fortificó su capital.

Roboam intentó reconquistar Israel de inmediato, por lo que a su regreso de Siquem reunió ciento ochenta mil hombres, tropas escogidas, pero pronto renunció a ello, factor fundamental fue la intervención de Semeías, varón de Dios el cual le dijo:

“No subáis a luchar con vuestros hermanos; vuélvase cada cual a su casa, pues por voluntad de Yahvé ha sido hecho esto”. Roboam además debió estar consciente que del poderoso ejército de Salomón, se había reducido a menos de la mitad, pues el resto ya no le era leal al pertenecer a las tribus del Norte, por lo demás, lo más posible es que la población de Judá no sintiera mucho entusiasmo por ir a la guerra, lo que era diferente en el norte con Jeroboam en donde la situación psicológica era diferente porque sus habitantes se encontraban entusiasmados por verse libre por fin de Judá.

CULTO IDOLÁTRICO DE ISRAEL

Para el hagiógrafo el reinado de Jeroboam estaba centrado en sus iniciativas personales y comunitarias con respecto al culto a Yahvé; pero las innovaciones que introdujo eran contrarias a las exhortaciones que le prescribió Yahvé que eran

fundamentales para consolidarlo en su trono, ser fiel como su siervo David, ¿consecuencias? Eso fue la causa de su caída en desgracia.

El reino del sur, quedaba constituido por Judá, Benjamín y la mitad de Simeón. Caso aparte era la tribu de Benjamín, porque por su situación geográfica sin duda su población se encontraba dividida hacia que bando debían apoyar; históricamente, Benjamín era una tribu del Norte; al parecer si hubo intentos de apoyar al Norte, pues en 1 R 12²⁰ se menciona que sólo Judá apoyaba a Roboam. Pero esto no podía permitirlo Roboam, dado que su capital y centro de culto, Jerusalén, estaba prácticamente en el límite de la frontera con Benjamín, lo que era demasiado peligroso para su estabilidad como Estado; por lo que intentó consolidar el territorio benjaminita como territorio del reino del Sur, lo que logró, quedando asegurada la capital y el Templo, desde entonces Benjamín quedó unida a la suerte de Judá.

Ya vimos que Jeroboam era hábil para separar a Israel de Judá, ahora intentaría aislarlas en el orden cultural; pensaba en su corazón:

“Pronto va a volver el reino a la casa de David. Si este pueblo sube a Jerusalén a ofrecer sacrificios en la Casa de Yahvé, el corazón de este pueblo se volverá hacia su señor Roboam, rey de Judá; a mí me matarán y se tornarán a Roboam, rey de Judá”. (1 R 12²⁷)

Para ello reedificó dos santuarios antiguos, ya consagrados por la tradición hebrea: Betel, en el sur y Dan en el norte y los elevó a santuarios nacionales, por lo que dijo a su pueblo:

“Bastante tiempo habéis subido a Jerusalén. ¡He aquí tu Dios, oh Israel, el que te sacó del país de Egipto”. (1 R 12²⁸)

La unión cultural con el Templo de Yahvé en Jerusalén amenazaba la unidad de su reino (el que le fue otorgado por el mismo Yahvé). Betel era un lugar sagrado desde los tiempos de los patriarcas. Allí edificó Abraham por primera vez un altar en Canaán a Yahvé: También allí, Jacob recibió la misma promesa de Abraham, en cuanto a su descendencia por parte de Yahvé, por lo que era muy apropiado para enajenar al pueblo. Dan, desde el tiempo de los Jueces contaba con un ídolo.

Jeroboam hizo dos becerros de oro y puso cada uno en un santuario. No se menciona si también edificó algún templo o palacio a semejanza de Jerusalén. Construyó también santuarios en los lugares altos, pero temeroso que los levitas sabotearan esto negándose a celebrar, nombró sacerdotes que no eran de esa tribu.

Pero ¿Era necesario quitar al Templo de Jerusalén como el máximo lugar del culto Yahvista? Si Jeroboam hubiera mandado elaborar otra Arca, ésta sólo sería entendida por la población israelita, en cambio la fundición de dos becerros –o más exactamente, imágenes áreas de toros– serían más acordes para los cananeos, porque existiendo varios asentamientos de ellos, le convenía a Jeroboam también atraerlos.

Jeroboam no pensó en sí en crear un cisma, aunque a nosotros nos parezca muy claro esto –de hecho, esa fue la consecuencia más que lógica y predecible–; necesitamos adentrarnos aún más en la mentalidad hebrea, para comprenderlo, iniciemos mencionando que eran razones políticas las que llevaron a Jeroboam a esta separación. “Los becerros” o “los toros” representaban la presencia de Yahvé, es decir, no estaba haciendo creer que era otro dios, no eran ídolos –aunque por supuesto, desde su inicio gente inculta los adoró– pero tampoco que fueran imagen de Yahvé (los pueblos de esas regiones no representaban a sus dioses con figuras de animales, por eso los asirios, los egipcios, pero sobre todo los filisteos eran totalmente contrarios en su forma de representar a Dios), sino que eran pedestales sobre los que se creía que

Yahvé estaba de pie o entronizado. Eran por tanto equivalentes en su concepto a los querubines del Templo de Jerusalén; idea bastante común entre esos pueblos, pero para Judá esto no era lo apropiado para Yahvé; en cambio para Israel la situación era diferente precisamente por la influencia que ejercían en ellos las poblaciones cananeas, por eso tuvo tanta aceptación en el lado norte; presumiblemente en el sur no tardaría en morir. Pero indudablemente que la intención original de recibir a Yahvé en sus figuras fundidas no tardaría en desviarse completamente, y así como Saúl en vida suya fue rechazado por su protector Samuel; en este caso Jeroboam, su protector Ahías rompió con él y lo rechazó en nombre de Yahvé por lo mismo del primer rey que no fue fiel a Dios.

PROFECÍA CONTRA EL SANTUARIO DE BETEL

Yahvé envió a un varón suyo de Judá a Betel. Al llegar, Jeroboam estaba a punto de quemar incienso, de pronto el enviado de Dios empezó a gritar contra el altar ¡"Altar, altar! así dice Yahvé: He aquí que un hijo ha de nacer a la casa de David, que se llamará Josías, el cual sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos que queman incienso sobre ti; y se quemarán sobre ti huesos humanos. Está es la señal que ha indicado Yahvé: He aquí que el altar se quebrará y se derramará la ceniza que hay sobre él". (1 R 13²⁻³)

Notemos como Jeroboam realizaba por su propia iniciativa (como Saúl) el ofrecer el incienso, función que era exclusiva del Sacerdote, de hecho, en su reprobación el escritor sagrado afirma que por usurpar las funciones sacerdotales es por lo que fue reprobado por Yahvé. Josías, rey de Judá vivió trescientos años después, destruyó el altar de Betel y quemó los restos de los sacerdotes idólatras (2 R 23¹⁶).

Jeroboam al escuchar que gritaba contra el altar de Betel, extendió su mano contra él y gritó: ¡Prendedlo!, pero en ese instante se le secó la mano y el altar se quebró, derramándose la ceniza sobre el altar conforme a la señal que había dado el varón de Dios. Por lo que el rey le rogó que le pidiera a Yahvé que le sanara su mano, lo que le cumplió, (se afirma que Dios se lo concedió para que se viera que ese profeta anónimo era su enviado, además de la actitud en ese momento de Jeroboam hacia él —y por tanto a Yahvé mismo— que fue de ira, la que se transformó en súplica y finalmente en gratitud). Viéndose sano invitó al profeta a su casa, a lo que éste se negó manifestando que Yahvé se lo había prohibido, por lo que se retiró para regresar a su hogar.

Habitaba en Betel un profeta ya anciano que al enterarse de lo que sucedió fue tras él, al alcanzarlo lo invitó también, recibiendo la misma respuesta de que tenía prohibido entrar a cualquier casa de allí, no comer, ni beber agua. No conocemos porque, pero el anciano profeta le dijo que había sido enviado por Yahvé para que lo invitara a su casa a comer y beber. Aún estaban en la mesa cuando Yahvé se dirigió a su enviado avisándole que sería castigado por desobedecerlo al entrar, comer y beber donde se le había prohibido; por lo que al regreso a su casa fue atacado por un león, su cadáver fue recogido por el anciano profeta, quien compungido pedía a su hijo que cuando él muriera lo sepultaran junto al profeta. San Agustín escribió: "La desobediencia significaba la muerte, si bien la aceptación de ésta le habrá permitido salvar su alma, lección que nos enseña la fidelidad absoluta a la Palabra de Dios, a quien debemos obedecer más que a los hombres. No debemos olvidar que Satanás se muestra como ángel de luz (2 Co 11¹⁴), que surgirán muchos falsos profetas y seducirán a muchos (Mt 24^{4-5y11}).

Raymond E. Brown afirmó que: "Por lealtad a su ciudad y santuario de Betel, intenta engañar al hombre de Dios. Si logra que éste desobedezca el mandato de Yahvé, tal vez quede anulado su oráculo de condenación. El hombre de Dios avanza trágicamente desde la obediencia hacia la desobediencia involuntaria para terminar muriendo y recibiendo sepultura en lugar extranjero. El profeta de Betel, cuya falsa profecía merece la muerte (Dt 18²⁰), avanza irónicamente desde el patriotismo, pasando por el sacrilegio, hasta convertirse en portavoz de Dios y hablar en contra de su propio pueblo. La esfera política comenzaba a afectar también el ámbito religioso. Betel se oponía, a Jerusalén; era ya un culto contra otro Culto, un profeta contra un hombre de Dios. Judá podía todavía proclamar la palabra que Israel necesitaba escuchar; pero si Judá ponía también en peligro su culto (como la historia lo demostrará posteriormente); entonces ambos estarán condenados a superar su división solamente mediante la muerte.

REINADO DE ROBOAM

Roboam habitó en Jerusalén y edificó ciudades fortificadas en Judá y en Benjamín; restauró fortalezas colocando en cada una de ellas escudos y lanzas; y las hizo sumamente fuertes; puso comandantes; provisiones de víveres, de aceite y de vino. Los sacerdotes y levitas de todo Israel se le unieron, llegando de todo el territorio, pues dejando sus ejidos y posesiones se dirigieron a Judá y Jerusalén, porque Jeroboam y sus hijos les habían prohibido ejercer sus funciones sacerdotales, además el rey había designado otros sacerdotes para los lugares altos. También parte del pueblo de todas las tribus que conservaban su corazón en Yahvé se dirigieron allá para ofrecer sacrificios a Yahvé, lo que fortaleció el reinado de Roboam.

LA FAMILIA DE ROBOAM

Roboam tomó a dieciocho mujeres y sesenta concubinas, pero amaba más a Maacá, hija de Absalón, —en realidad se trataba de su nieta— engendró veintiocho hijos y sesenta hijas. Puso a Abías, hijo de Maacá, por cabeza y príncipe de sus hermanos, porque deseaba que él fuera su sucesor; para esto, repartió a todos sus demás hijos por todo el territorio de Judá y de Benjamín en las ciudades fortificadas, dándoles alimentos en abundancia y procurándoles muchas mujeres.